

contradicciones enormes, el negar hoy lo que ayer se afirmó, y el presentarse de distinta manera en dos libros y a veces en dos crónicas consecutivas.

Es que Unamuno, temperamento inquieto y originalísimo, necesita protestar siempre, atacar siempre y discutir en toda ocasión. Nacido en otra época hubiera sido de aquellos rebeldes, turbulentos, insujetables, que aceptaban todas las banderas y defendían todos los derechos por el gusto de pelear y de mojar sus aceros en sangre ajena.

Nacido en esta época de prosa, del colectivismo y de las literaturas preocupadas por un fin social, Unamuno desahoga su idiosincrasia confesándose tan pronto místico, como escéptico; militarista, como enemigo de la guerra; amante del clasicismo, como furibundo enemigo suyo.

El caso es tener algo o alguien a quien atacar. Por eso este libro **Contra esto y aquello**, es un gran acierto de título.

¿Y de obra? ¡Hum! De eso habría mucho que hablar. Un hombre como Unamuno no puede tener aciertos

absolutos, sino aislados, fragmentarios. Lo que sí puede afirmarse es que resulta siempre ameno y entretenido.

Contra esto y aquello es una colección de artículos de crítica literaria escritos con cierta orientación hispanoamericana, puesto que a un periódico de América fueron dirigidos antes de reunirse en un tomo.

Por lo tanto, en esta colección de ensayos hay algunos muy interesantes para los americanos. Sobre todo los titulados **José Asunción Silva**, **La imaginación en Cochabamba**, **De cepa criolla**, **Sobre la argentinidad**, **La ciudad y la patria** y **La epopeya de Artigas**.

Sería curioso analizar con más tiempo y mayor espacio la preocupación hispanoamericana que padecemos actualmente los escritores españoles. A unos les obliga a cruzar los mares en busca de dinero, a otros les impulsa a estudiar desde lejos sus hombres y sus literaturas y a todos a sentir una gran curiosidad y no poco cariño por los que todavía hablan a la emoción, al arte y la ciencia con palabras españolas.

Notas

La Atlántida.—Desde hace unos 15 años, las cuestiones relativas a la famosa tierra de este nombre vienen siendo tema de numerosas publicaciones, unas científicas, otras más o menos puramente poéticas. Entre éstas, las de Emilia de Villers (**Las almas del mar**, 1911) y de Eduardo Schuré, citado ya otra vez en esta revista. Condensamos hoy en dos palabras la conferencia del Director del Servicio de la Carta Geológica de Francia, **P. Termier**, el 30 de noviembre último:

¡Libres los amantes de bellas leyendas de creer en la historia platónica de la Atlántida! La ciencia, la más moderna ciencia no verá en ello

un crimen. Más aún, a creer les invita, por mi boca. No es posible ya no pensar en los bruscos movimientos de la corteza terrestre y, entre ellos, en el aterrador fenómeno de la violenta desaparición de una enorme isla o porción de continente, hundido bajo las aguas a millares de metros de profundidad. Que tal fenómeno se haya producido y aun repetido varias veces durante los últimos períodos geológicos y que haya alcanzado a menudo una amplitud gigantesca, es cosa que ningún geólogo tiene derecho a dudar.

La agricultura es ciertamente la rama de la actividad humana que